

Monacato: sociedad y siglo IV

Al hacer el estudio de los orígenes del monacato, hemos querido insistir en los aspectos sociales, económicos y, secundariamente, políticos, que lo explican históricamente. Los consideramos fundamentales porque los fenómenos históricos, de cualquier índole que sean, no son movimientos esporádicos o casuales que aparezcan sin una razón que determine su existencia.

El hombre se encuentra encuadrado dentro de unas coordenadas que marcan su vivir; ellas son las que determinan el por qué y el para qué de sus actos. Y si es cierto que una doctrina es capaz de producir un género determinado de vida, de hacer tomar unas decisiones en el propio realizarse de la persona, tampoco hay que olvidar que los impactos de la realidad social juegan las bazas decisivas.

Nos detendremos en la vida social del Bajo Imperio, porque ella origina un modo de vivir de sus ciudadanos, de modo que es el catalizador de la vida política y religiosa.

El monacato, tal y como se ha desarrollado en sus orígenes, fue como tenía que ser y no de otra manera. Especulativamente pensaríamos que pudo haber nacido de forma diferente; pero, después de haber estudiado los acontecimientos coetáneos en todos los órdenes de la vida, creemos que fue la consecuencia lógica de un mundo circundante.

En el «IV Convegno Italiano di Studi sulla Spiritualità Monastica» —celebrado del 4 al 9 de octubre de 1964 en Santa Justina de Padua—, Dom Jean Gribomont opinó, a propósito del tema «Chiesa e vita monastica», que no era del todo exacto